

Imprimir

Hoy se cumple un año de la prisión del ex presidente Lula da Silva, el líder político más popular de Brasil en al menos las pasadas seis décadas.

Hay puntos evidentes, palpables, en todo ese mecanismo que gruesos batallones de juristas califican como farsa. Y la verdad es que cualquiera con un mínimo de lucidez no se requieren altos conocimientos jurídicos que lea la denuncia presentada por los fiscales encontrará pirámides de puntos letalmente frágiles en las acusaciones contra Lula.

Cualquiera, sí, con excepción del entonces juez de provincia que enfrenta serias dificultades con el idioma, llamado Sergio Moro. Y que, no por casualidad, ocupa ahora el ministerio de Justicia del gobierno del ultraderechista Jair Bolsonaro: ha sido su premio.

En la sentencia, el juez Moro admitió que condenaba a Lula por *actos indeterminados*, y que, a falta de pruebas, se basó *en convicciones*.

La defensa de Lula recurrió a la instancia superior, y lo que farsa parecía, farsa se confirmó: antes aun de examinar el recurso presentado por la defensa, el presidente del tribunal de segunda instancia elogió la sentencia de Moro, pese a como admitió no haberla leído.

Estaba diseñado el mapa que conduciría a lo que vino después. Es decir: conduciría pero no condujo exactamente como lo previsto, porque los candidatos pretendidos por quienes armaron el golpe para suceder al cleptómano Temer fallaron, y las urnas terminaron por parir a un primate inesperado Jair Bolsonaro.

Hoy se cumple un año desde que Lula fue preso gracias a una sentencia absurda pero necesaria.

¿Necesaria para qué? Para que se imponga al país la demolición que Bolsonaro y quienes lo respaldan tratan de aplicar.

¿Y quiénes son los que respaldan al descerebrado? Los dueños del capital, del agro-negocio, los representantes de los dueños globales del dinero. Los avaros más avaros, pues.

Es justo reconocer que a lo largo de los primeros nueve meses de prisión de Lula, entre abril y diciembre pasados, Temer y su banda dieron el mejor de sus talentos y esfuerzos para

hundir al país.

Pero más justo es reconocer que Bolsonaro, en sus primeros cien días de gobierno, supera a todos sus antecesores desde la implantación de la República en Brasil, hace casi 120 años. Nunca antes se ha visto nada tan grotesco, patético y peligroso. Su gobierno amenaza terminar con la educación, arruinar el medioambiente, liquidar programas sociales, avergonzar el país a los ojos del mundo.

El desempleo alcanza marcas históricas, las proyecciones para la economía encogen con velocidad apabullante. Es preocupante, y mucho, el número de brasileños que vuelven a *situación de vulnerabilidad social*, que es como los elegantes se refieren a la pobreza, y la lista es larga y sigue.

Habría que mencionar a la cultura al borde de la guillotina, la salud pública abandonada, y mucho, mucho más. Prácticamente todo: no hay un solo aspecto de la vida que no esté en riesgo en Brasil.

Mientras, Bolsonaro tiene uno y un solo proyecto concreto: fulminar el sistema jubilatorio para enriquecer aún más a la banca.

¿Cómo? Cambiar el actual sistema, que seguramente necesita cambios, implantando en Brasil el modelo que, en Chile, provoca suicidios.

Todo lo demás es una incógnita oscura y amenazadora.

Pero entre una estupidez y otra, entre una y otra vergüenza, Bolsonaro logró finalmente anunciar una y una sola medida concreta: ya no habrá horario de verano.

La gran duda es si, de aquí al verano, habrá país

---

*Eric Nepomuceno*

Fuente: <https://www.jornada.com.mx/2019/04/07/opinion/015a2pol#>

Foto obtenida de: T13